

Nerón cantaba un himno en honor de la diosa ciprina, el himno de cuya letra y música era autor. Estaba en voz, y parecía tenerla más fresca y potente que nunca, y hacía alarde de ello ante todos los concurrentes. Esta convicción daba alientos á su alma, pero el aumento de inspiración terminaba con una extraña postración física. Era aquella la primera vez que no buscaba los elogios de los demás, temiendo destruir el encanto. Se dejó caer sobre una silla, silenciosamente, con la cítara en la mano y la cabeza inclinada. De pronto se levantó, y dijo:

— Estoy fatigado y siento necesidad de un poco de aire. Entretanto, templad las cítaras.

Y envolviéndose el cuello en el pañuelo de seda, ordenó á Petronio y á Vinicio, que estaban sentados en un ángulo del salón, que le acompañasen.

— Dame el brazo, Vinicio; me siento tan débil... Petronio me hablará de música.

Salieron á la terraza, cuyo pavimento era de alabastro.

— Aquí se respira mejor, dijo Nerón. Mi alma está triste y conmovida, aunque sé que presentándome en público con el himno que acabáis de oír, alcanzaré tanta gloria como no ha alcanzado hasta ahora ningún romano.

— Puedes presentarte en la misma Roma, ó aquí, ó en la Acaya. Me has embriagado el alma, divino, le respondió Petronio.

— Lo sé. Tú eres demasiado perezoso para tomarte el trabajo de adular; eres tan sincero como Tulio Senecio, pero más fino conocedor que él. ¿Qué dices de la música?

— Cuando escucho tus versos, cuando te veo guiar la cuadriga en el circo, cuando admiro algún templo hermoso, una estatua bella, un cuadro de mérito, siento que mi espíritu comprende perfectamente tales bellezas y que ninguna escapa á mi vista observadora. Cuando oigo música, sobre todo la tuya, ante mi espíritu embriagado se presentan de continuo nuevos goces y nuevas bellezas, que me es imposible retener, porque, á semejanza del mar, se alejan y desaparecen en el infinito. Por esto comparo la música al mar: estamos en una orilla, y por más que esforcemos nuestra vista, no logramos descubrir la otra.

— ¡Eres profundo conocedor de la belleza!, dijo Nerón.

Dieron algunas vueltas por la terraza, y luego, durante algunos minutos, no se oyó más que el leve crujido de las hojas bajo sus pies.

— Has traducido fielmente mi pensamiento, exclamó Nerón al cabo de un rato; por esto te repetiré siempre que en Roma eres el único que me comprende. Mi opinión sobre la música coincide con la tuya. Cuando toco y canto, vislumbro cosas cuya existencia no había soñado nunca. Soy César, el mundo es mío. Puedo hacer todo lo que me plazca. Y sin embargo, la música abre ante mis ojos nuevos

imperios, nuevos mares, nuevos montes, nuevas delicias. Las más de las veces no encuentro nombre apropiado para ellas, no puedo tampoco darme exacta cuenta de lo que veo, y la sensación que experimento es inexplicable. Pero es un hecho que me acerco á los dioses, que me acerco al Olimpo. Sobre mí siento un soplo de naturaleza sobrehumana, y como á través de una nube, veo alturas imponentes, pero claras y serenas como la luz del sol. Todas las esferas en torno á mí se resuelven en ondas de melodía, y te confieso (y aquí su voz tembló) que en tales momentos, yo, César y dios, me siento pequeño como un grano de arena. ¿Lo creerías?

— Sí. Sólo los verdaderos artistas se consideran pequeños al lado de su arte.

— Esta es la noche de las confidencias; por esto te abro mi pecho como á un verdadero amigo y quiero decir aún algo más. ¿Me tienes por ciego y tonto? ¿Crees que no sé que los muros de Roma están llenos de inscripciones en que se me llama matricida, uxoricida, tirano y monstruo de iniquidad, sólo porque Tigelino condenó á muerte á algunos de sus enemigos? Lo sé, amigo mío, lo sé; en Roma me juzgan un verdadero tirano. Y hace ya tanto tiempo que oigo censurar mis ferocidades, que á veces me pregunto: «¿Pero soy cruel?» ¿No comprenden que de cuando en cuando se ve uno obligado á ser más severo de lo que quisiera? ¡Ah! Y sin embargo, nadie lo creerá y tal vez tú mismo, amigo, no quieras creerme; pero muchas veces, cuando una música suave acaricia mi alma, me siento tan bueno y tan inofensivo como un niño en su cuna. ¡Juro por todas las estrellas que nos miran, que es verdad cuanto te digo! ¡La gente no sospecha toda la bondad que encierra este corazón, ni los tesoros que pueden descubrirse, cuando la música nos da la llave!

Petronio no dudaba de la sinceridad de Nerón en aquel momento y sabía que la música tenía el poder de despertar en él más nobles sentimientos, que, por lo común, permanecían sepultados bajo el peso de su egoísmo, de sus maldades y de sus extravíos.

— Sería preciso que todos te conocieran como te conozco yo. Roma no ha estado nunca en condiciones de apreciar tus méritos.

César se apoyó con más fuerza en el brazo de Vinicio, como sintiéndose oprimido bajo el peso de tanta calumnia.

— Tigelino me dijo que en el Senado corre la voz de que Terpno y Diodoro tocan la cítara mejor que yo. ¡Ni esto quieren concederme! Dime tú, que eres desapasionado y sincero, ¿tocan mejor que yo, ó como yo?

— ¡No hay comparación! Tu modo de tocar es más fino y al mismo tiempo más vigoroso. En ti se adivina pronto el alma de artista; en ellos no hay más que la profesión. Se necesita oírles cuando tocan, para poder formar un juicio exacto de tu arte.

— Si es así, que vivan también. No podrán nunca sospechar el favor que les has hecho. Si los hubieses condenado, hubiera tenido que buscar otros dos.

— Contando luego con que la gente no hubiera dejado de decir que por amor á la música matas á los músicos de tu reino. ¡No, divino, no destruyas nunca el arte por el arte!

— ¡Qué diferencia entre Tigelino y tú!, exclamó Nerón. ¡Mira! Yo soy artista en todo. No puedo vivir como los demás, porque la música me abre nuevos horizontes, hasta ahora ignorados, regiones que escapan á mi poder, delicias que no alcanzo. La música me dice que existe algo extraordinario que yo me afano por seguir con todo el poder que me han concedido los dioses. A veces me asalta la idea de que para llegar á esas olímpicas esferas debería realizar algo inaudito, algo que, sea en bien ó en mal, supere el nivel común hasta aquí mantenido. Sé que me tie-

nen por loco. Pero esto ya no es locura, porque estoy cerca de lo sobrenatural. Si un día me volviese loco, esto ocurriría por la impaciencia ante la inutilidad de mis esfuerzos. ¡Yo busco! ¿Me entiendes? Quiero ser más que un simple mortal y de este modo podré ser también el artista más grande.

Aquí bajó el tono de la voz, para que Vinicio no le oyese, y susurró al oído de Petronio:

— ¿Sabes que si condené á muerte á mi madre y á mi esposa fué únicamente para ofrecer á un mundo desconocido el mayor sacrificio que puede exigirse á un hombre? Yo esperaba ver cómo se abriría para mí aquel mundo deseado y conceder á mis ojos la contemplación de cosas nunca imaginadas. Sean éstas maravillosas ú horrendas, superiores á todo humano entendimiento, no importa, mientras sean grandes y extraordinarias. Pero tal sacrificio, á lo que parece, no fué suficiente. Las puertas del empero no se abren sino ante hechos aún más crueles. Pues bien, se intentarán.

— ¿Qué harás?

— Lo verás más pronto de lo que esperas. Convéncete, en tanto, de que existen dos Neronos, uno, el que el mundo conoce, y el otro, el consumado artista que conoces tú solo. Si éste mata como la misma muerte, si delira como un Baco, es porque la vulgaridad, la monotonía de la vida diaria amenazan ahogarlo. Pero yo las aniquilaré con el fuego y con el hierro. ¡Qué estúpido será el mundo cuando yo desaparezca de él! Nadie, hasta ahora, ha tenido la menor noción de la grandeza de este artista. Por esto debo sufrir; por esto el alma, oprimida de veras, está obscura como las sombras que proyectan allá abajo aquellos cipreses. Es muy pesado sostener á un mismo tiempo la carga del poder más grande y el mayor ingenio.

— ¡Te comprendo, César, y conmigo el mar y la tierra, sin excluir á Vinicio, que te adora!

— Y también él me resulta siempre agradable, aunque sirva á Marte con preferencia á las Musas.

— Sacrifica sobre todo en los altares de Afrodita, añadió Petronio, hallando oportuno el momento para interesarse por el sobrino sin ningún peligro. Está enamorado, como lo estuvo un día Troilo de Clesidra. Permítele ir á Roma; de lo contrario, se me va á derretir entre las manos como la cera. ¿Sabes que aquella muchacha, rehén de los licios, que tú le prometiste, volvió á encontrarse, y Vinicio antes de partir para Anzio la confió al cuidado de un tal Lino? No te hablé de ello antes, porque estabas absorto en tu himno, para nosotros más importante que cualquiera otra cosa. Vinicio pensaba hacer de la joven su amante; pero puesto que es virtuosa como Lucrecia, se enamoró de sus virtudes y la quiere por esposa. Es hija de rey, por lo cual no creo que haya nada que decir sobre este punto. Pero él es muy buen soldado, y por más que suspire y se derrita de amor, no se atrevería á decidir nada sin el consentimiento de su emperador.

— El emperador no se cuida de las mujeres de sus soldados. ¿A qué viene, pues, esperar mi permiso?

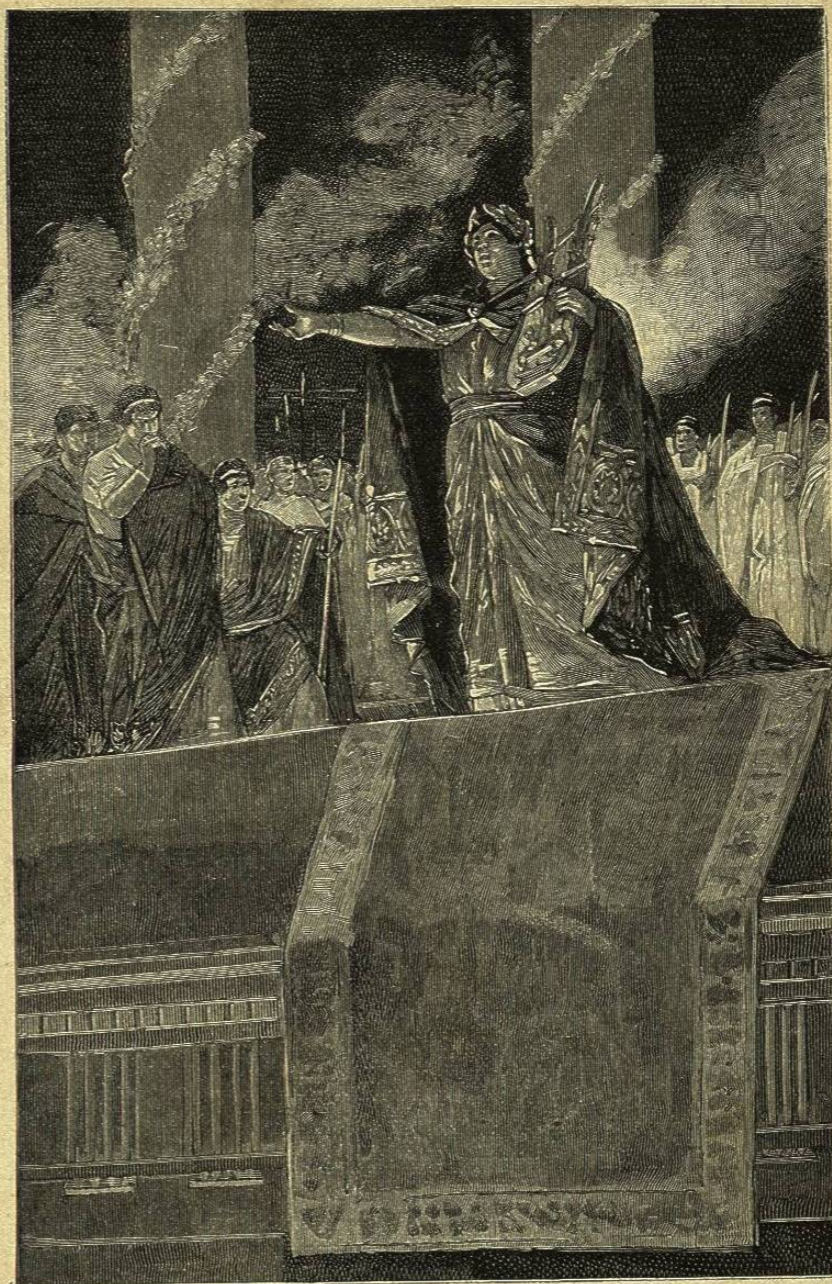
— Ya te lo dije: siente por ti verdadera veneración.

— Razón de más para confiar en mi consentimiento. Lo recuerdo, sí: una muchacha graciosa, aunque algo delgada. Popea la acusó de perversos hechizos contra nuestra niña en el jardín del palacio.

— Hablando de esto, repliqué á Tigelino que los dioses no temen las artes mágicas. ¿Recuerdas, divino, su turbación y tu respuesta «habel!»

— Sí.

Nerón se volvió á Vinicio, preguntándole:



César se preparaba á entonar un canto, con los ojos vueltos al cielo

— ¿La amas, verdaderamente, tanto como dice Petronio?
 — ¡Sí, oh César!
 — En este caso, te ordeno que marches á Roma mañana mismo para casarte con ella. No comparezcas en mi presencia sin el anillo nupcial.
 — ¡Gracias, señor, con toda mi alma!
 — ¡Qué hermoso es hacer felices á los hombres!, dijo Nerón. ¡Oh! ¡Si pudiese dedicar á esto toda mi existencia!.

— ¡Concédeme otra gracia, divino!, dijo Petronio. Manifiesta tu deseo respecto á este asunto en presencia de la Augusta. Vinicio no se atrevería á tomar por mujer á una joven que no fuese de su agrado. Con una palabra, señor, destruirás sus prejuicios, declarando que es tu voluntad que se celebre este matrimonio.

— Lo haré. No sé negaros nada á ti y á Vinicio.

Se dirigió á la villa, seguido de tío y sobrino. Sus corazones estaban henchidos de gozo por la victoria obtenida, y Vinicio tuvo que hacer grandes esfuerzos para no abrazar á Petronio allí mismo. Se había vencido todo obstáculo y alejado todo peligro. En el atrio encontraron al joven Nerva y á Tulio Senecio que conversaban con Popea. Terpno y Diodoro templaban las liras. Nerón se echó sobre un sillón taraceado y murmuró algunas palabras en los oídos de un joven esclavo griego, que salió en seguida, reapareciendo luego con un cofrecito dorado entre las manos. Nerón lo abrió y sacó de él un collar de preciosos ópalos.

— ¡He aquí joyas dignas de esta velada!, exclamó César.

— Se diría que traen los reflejos de la aurora, añadió Popea, creyendo que se trataba de un obsequio para ella.

Nerón seguía alzando y bajando las piedras, para que con las oscilaciones resaltaran aún más sus claros reflejos.

— Vinicio, dijo luego, llevarás en mi nombre este collar á la que ha de ser tu esposa, según te he mandado, esto es, á la joven hija del rey licio.

La mirada furibunda de Popea anduvo errante y asombrada de Nerón á Vinicio y luego se fijó sobre Petronio, el cual se apoyaba con aire indiferente en un brazo del sillón, palpando la columna de un arpa, como si quisiera retener su forma en la mente.

Vinicio expresó con calor su agradecimiento, y después, acercándose á Petronio, le preguntó:

— ¿Y á ti cómo he de obsequiarte para darte una prueba de mi gratitud?

— Sacrifica á Euterpe un par de cisnes, le respondió Petronio; admira el canto de César y riéte de los presentimientos. En lo sucesivo, ningún rugido de león turbará tu sueño ni el de tu encantadora Licia.

— ¡No, no! Mi felicidad ahora es completa.

— ¡Que la Fortuna te sea siempre propicia! Y ahora cálmate; César pulsa su cítara; procura contener la respiración; escucha y derrama abundantes lágrimas.

En efecto, César se preparaba á entonar un canto, con los ojos vueltos al cielo.

Todos los circunstantes enmudecieron de pronto, casi petrificados. Terpno y Diodoro, que debían acompañarle, miraban ansiosamente á Nerón para no perder una sílaba de su canto.

En este momento fué cuando desde el corredor se oyó un rumor inesperado y á poco se precipitaron en la sala Faón, liberto del César, y el cónsul Lucanio.

Nerón arrugó las cejas con aire amenazador.

— ¡Perdón, oh divino emperador!, dijo Faón con voz entrecortada. ¡Roma está envuelta en llamas! ¡Puede decirse que arde la mayor parte de la ciudad!

Al oír la noticia, todos saltaron de sus asientos, estremecidos.

— ¡Oh, dioses! Al fin veré arder una gran ciudad y podré terminar así mi *Ilíada*, exclamó Nerón arrojando la cítara.

Se volvió á Lucanio y le preguntó:

— ¿Llegaré á tiempo partiendo inmediatamente?

— Señor, respondió el cónsul con el rostro cadavérico, la ciudad no es ya más que un mar de llamas; el humo ahoga á los habitantes. Los ciudadanos parecen locos y se precipitan delirantes en medio del fuego, no viendo otra salvación. Roma se aproxima á su fin.

Siguió un momento de silencio, que al poco rato fué interrumpido por Vinicio, quien, como un loco, gritó desafortadamente:

— ¡Oh, desventurado de mí!

Y echando á un lado la toga, el joven buscó precipitadamente la salida, vestido únicamente con la túnica.

Nerón levantó los brazos y exclamó:

— ¡A ti la desgracia, oh ciudad consagrada á Príamo!